

STEPHANIE ARCHER

Falso amor



CROSS
BOOKS

SERIE VANCOUVER STORM 2

STEPHANIE ARCHER

Falso amor



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Fake Out*
© del texto: Stephanie Archer, 2024
Publicado de acuerdo con Triada US Literary Agency a través de IMC,
Agencia Literaria S. L.

© de la traducción: María Cárcamo, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29427-6
Depósito legal: B. 18.121-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Rory

Siento los latidos en las orejas mientras patino hacia la portería durante mi primer partido en el Vancouver Storm. Estamos empatados en la prórroga y el ruido de las gradas es cada vez mayor cuando me coloco y disparo el disco a la portería.

Golpea contra el larguero y los aficionados del Vancouver gritan decepcionados.

«Las estrellas marcan goles». Mi padre, la leyenda del hockey canadiense, Rick Miller, no ha parado de repetírmelo durante años, y es lo que me digo a mí mismo cuando le quito el disco a algún jugador inútil y patino hacia atrás hasta que estoy solo.

Suena el silbato, se detiene el juego y miro a una chica guapísima que lleva toda la noche llamando mi atención.

Hazel Hartley, una de las fisioterapeutas del equipo —preciosa y con la lengua bien afilada, unas pestañas largas y oscuras, una boca jugosa con el tono de rosa perfecto y los ojos azules más increíbles que he visto en mi vida—, sentada detrás de la portería con su hermana, Pippa, con cara de querer estar en otro sitio.

Hazel Hartley, mi profesora particular en el instituto que tenía novio, que no me soporta y que ya no sale con jugadores de hockey. Pese a que Pippa lleva una camiseta del Storm con el nombre de su prometido en la espalda, el

portero Jamie Streicher; y a pesar de que Hartley trabaja para el equipo, no la veo con una camiseta de hockey desde el instituto. Esta noche, mis ojos se van a su pelo castaño recogido en una coleta y a su plumífero morado pastel. Seguro que lleva esas mallas negras que le hacen un culo increíble.

Le guiño un ojo; ella pone los ojos en blanco.

Sonríó; ella finge un bostezo.

Algo eléctrico y adictivo me recorre las venas con este tonto. Siempre ha sido así, desde el instituto.

Los jugadores se colocan para un saque neutral y vuelvo a centrarme en el partido. En el estadio, los aficionados están cada vez más nerviosos, ansiosos por ganar. Suena el silbato y empiezo a patinar, dirigiendo de nuevo el disco hacia la portería.

—¡Vamos, Miller! —grita el entrenador Ward desde el banquillo.

La determinación me recorre todo el cuerpo. Tate Ward quería al mayor goleador de la liga, así que tengo que demostrar que valgo lo que pagó. Es mi ídolo desde que él jugaba.

Jugar para él esta temporada solucionará lo que sea que me está pasando en la cabeza. Tiene que hacerlo.

Hayden Owens, un defensa del Vancouver, está solo. Tiene un tiro limpio a la portería, pero las estrellas marcan goles, y no estoy aquí para pasar el disco.

Le lanzo el disco al portero, golpea la red y el estadio estalla por mi gol de la victoria. Suena la bocina, las luces del estadio parpadean y mis compañeros de equipo me rodean. En el banquillo, todo el mundo está gritando. Hasta el tranquilo y callado entrenador Ward está aplaudiendo. Espero a que llegue esa sensación abrumadora de orgullo en el pecho que debería darme este momento.

Nada. Los aficionados golpean el cristal y el equipo me rodea, pero yo no siento nada. Un vacío silencioso.

Mierda.

Antes me importaba. Marcar goles hacía que me sintiera en lo más alto, que nadie podía tocarme. Ahora, no siento

nada. Como si estuviera marcando una casilla. Jugar al hockey profesional, ser el mejor de la liga era mi sueño, pero ahora solo me parece un trabajo.

Venir a Vancouver a jugar para Ward, a jugar con Jamie Streicher, mi mejor amigo, se suponía que debía cambiar eso.

—Alégrate un poco, Miller. —Owens me agarra por los hombros e intenta hacerme una llave—. ¡Acabas de ganar el partido!

Me río, lo empujo y aparto los pensamientos intrusivos mientras patinamos hacia el banquillo. Cuando pasamos por delante de Hazel, le sonrío de esa forma engreída y presumida que sé que le molesta.

Los aficionados me observan cuando golpeo el cristal con el stick y ella levanta la mirada en busca de la mía, arqueando una ceja como si dijera: «¿Qué, gilipollas?».

«¿Quieres un autógrafo?», vocalizo, haciendo como si firmara en el aire.

Miro cómo se le curvan los labios en una sonrisa fría. «Qué más quisieras», me responde, también vocalizando, mientras se levanta.

Se me hincha el pecho con una sensación tensa y nerviosa. Nadie me habla como Hartley. Siempre me ha gustado eso de ella.

Y ahora, ¿las discusiones que tengo con ella? Son el único momento en el que siento algo de verdad.

A su lado, Pippa me sonrío y me saluda con la mano.

—¡Menudo golazo, Rory! —grita por encima del cristal.

Owens golpea el cristal y la saluda, y ella se ríe, con los ojos brillantes cuando Streicher, su prometido, se acerca a saludarla con una sonrisa discreta.

Algo me aprieta el corazón cuando veo a Pippa lanzarle un beso. Detrás de ella, Hartley ya ha subido la mitad de los escalones del estadio, con la coleta balanceándose a cada paso.

Lleva esas mallas y tiene un culo increíble.

—Creo que le gusto a Hartley —le digo a los chicos por encima de la música que suena en el estadio, sin apartar la vista de ella.

Owens se ríe, e incluso Streicher, que siempre está de malhumor, resopla.

—Ni de coña, tío —se jacta Owens, dándome una palmada en la espalda mientras salimos de la pista.

Mis instintos competitivos y determinados vuelven a cobrar vida, perfeccionados por años de hockey y entrenamiento. Se me dan bien los retos y odio perder.

Que Hartley no me dé ni la hora se me queda clavado en la cabeza como una espina. Me gusta, pero no sé cómo hacer que pase algo con ella. Creo que, en el fondo, yo también le gusto a ella.

«El hockey lo es todo», dice mi padre siempre. «El hockey es lo primero».

Colgarme de una tía es peligroso, pero no soy capaz de sacarme de la cabeza a Hazel Hartley.

—¡Miller! —grita el entrenador Ward mientras cruzo el pasillo hacia el vestuario—. Pásate por mi despacho después de la rueda de prensa.

Asiento y me voy a la ducha, todavía pensando en Hazel.

Después de hablar con Ward, vuelvo al vestuario con la cabeza embotada. Streicher sigue ahí, recogiendo sus cosas.

—Has jugado muy bien esta noche —dice asintiendo.

Me muerdo las mejillas por dentro mientras los pensamientos extraños sobre sentirme vacío y que las victorias ya no me emocionen amenazan con derramarse. Streicher y yo jugamos juntos al hockey desde que teníamos cinco años, y confío en él más que en nadie, pero después de lo que me ha dicho Ward arriba, sé que tengo que reservarme eso para mí.

—¿Has quedado con Pippa? —pregunto mientras cogemos nuestras bolsas y salimos.

Normalmente lo espera en el palco privado de arriba con otros compañeros y familiares. A lo mejor su hermana está con ella.

—Se ha ido a casa, no quería quedarse hasta tarde porque mañana es la fiesta de compromiso.

—Es verdad. —Es mañana por la noche en un restaurante en Gastown, cerca de donde viven.

Recorremos el pasillo y nos despedimos del personal del estadio.

—¿Qué quería Ward?

Me aumenta la ansiedad en el estómago.

—Me ha ofrecido ser capitán.

Streicher me mira con los ojos brillantes, con la misma sorpresa que he sentido yo.

—¿En serio?

—Ward sabe reconocer el talento cuando lo ve. —Pongo mi sonrisa más socarrona, pero la inseguridad me sigue apretando el pecho.

«Limpia tu reputación esta temporada. Gánate tu puesto, Miller», dijo Ward. «Sé el capitán que necesita este equipo».

El año pasado, cuando jugaba en el Calgary, y antes de remendar las cosas, me peleé con Streicher en la pista. En otro partido, me cabreé con los aficionados y les hice una peineta, ganándome un penalti y un lugar privilegiado en la prensa deportiva el resto de la semana. Hoy, cuando ha sonado la bocina y el resto del equipo ha venido a felicitarme, me ha dado igual.

Nada de esto es propio de un buen capitán. No soy un líder. Soy un gilipollas. La superestrella. El tío al que todo el mundo le encanta odiar.

—¿Vas a aceptar?

—No me queda otra. —Tengo la garganta cerrada—. Mi contrato es de un año.

Cuando él llegó al equipo la temporada pasada, Ward lo cambió por un montón de jugadores independientes, a los que firmaba por temporadas cortas, afirmando a la prensa que no estaba comprando jugadores, que estaba creando un equipo. Al final de la temporada, cambió prácticamente a la mitad de esos jugadores.

—Si quiero quedarme en Vancouver —añado—, debo tener contento a Ward. —Me paso una mano por el pelo—. Y Ward es el único para el que quiero jugar.

Hace una década, Tate Ward era uno de los jugadores más

prometedores en la historia del hockey profesional, hasta que se jodió la rodilla y su carrera se acabó. Mi habitación estaba cubierta de pósteres suyos. Aparte de mí, es el único que ha superado las estadísticas de mi padre.

—Ward es diferente —le digo a Jamie.

Todos los entrenadores para los que he jugado, incluido mi padre cuando se encargó del equipo infantil en el que Streicher y yo jugábamos, utilizaban la agresividad y la intimidación para motivar a los jugadores. Ward no grita. Apenas ha hablado durante los entrenamientos de esta semana, joder. Explicó las jugadas y observó. De vez en cuando, llama a algún jugador y le hace algún comentario sin que se enteren los demás.

Siempre he buscado la aprobación paternal, y quiero que Ward esté orgulloso de mí.

Jamie hace un ruido con la garganta cuando llegamos a los ascensores para el aparcamiento.

—Y, bueno, ahora que tú y yo volvemos a llevarnos bien —pulso el botón del ascensor—, me gusta que juguemos en el mismo equipo.

No hablamos de lo que pasó: ese periodo de siete años en el que Streicher y yo no nos hablamos porque fui lo bastante estúpido como para hacerle caso al consejo de mi padre. «No seas amigo de tus contrincantes», dijo cuando nos ficharon.

Rick Miller nunca ha sido experto en ningún tipo de relación, pero tardé lo mío en darme cuenta de eso.

Escuchamos el ruido del ascensor acercándose y Streicher asiente.

—Yo también me alegro de que estés aquí, tío. Y Pippa.

Se le tuerce la comisura de los labios con la versión gruñona de una sonrisa, y un peso se aligera dentro de mí.

Puede que esto de ser capitán sea la patada en el culo que necesito. Puede que sea lo que por fin solucione lo que sea que me pasa en la cabeza. Un nuevo reto.

—Pensaba que solo habías aceptado para poder molestar a Hartley todo el año —añade.

Lo miro con una sonrisa traviesa, pensando en el bostezo fingido de antes. Menuda niñata.

—Puede que un poco sí.

Pienso en jugar en otro equipo y no tener a nadie a quien tocarle las narices, y tengo la sensación sosa y poco inspirada que he tenido después de marcar el gol esta noche.

—Yo lo veo. Que seas capitán, digo. —Pulsa otra vez el botón, impaciente.

Sé que no soy el adecuado, pero ha vuelto a encender esa llama de competitividad y desafío en mi interior. Tengo que intentarlo.

Suenan los dos teléfonos a la vez.

—Será el anuncio —le digo mientras saca su teléfono.

—Sí. —Desliza la pantalla para leer el email—. Rory Miller, nuevo capitán del Vancouver Storm.

Por fin llega el ascensor y entramos. Streicher sigue leyendo cuando pulso el botón que nos lleva al aparcamiento.

—Hay un fichaje nuevo —murmura.

—¿Quién? —Entre los juveniles y nuestros años en la liga, hemos jugado con o contra prácticamente todo el mundo.

—Connor McKinnon.

Me quedo inmóvil, mirando fijamente a Streicher mientras un mal presentimiento se mueve dentro de mi estómago.

—Ese es...

—Sí. —Sigue leyendo en el teléfono—. El ex de Hazel.

Se me tensan los hombros. Odio a ese capullo.

Sí, soy un gilipollas engreído que necesita ser siempre el centro de atención. Pero ¿McKinnon? McKinnon es escoria. Iba a nuestro instituto. Durante dos años, vi cómo Hazel le ponía ojitos y a él le importaba una mierda. Le hablaba mal. La despreciaba. Tanto dentro como fuera de la pista es un tío agresivo y caprichoso.

Pippa me dijo que lo dejaron hacia el final del primer año de universidad de Hazel. No sé qué pasó, pero Hazel ya no sale con jugadores de hockey.

Los instintos protectores me recorren el cuerpo con rabia. No quiero que se acerque a ella.

—¿Quién es su fisio? —pregunto, carraspeando e intentando mantener un tono despreocupado.

Streicher suspira, y yo ya estoy negando con la cabeza.

—Hazel —dice.

Mierda. Tengo que hacer algo.

Mañana, en la fiesta de compromiso de Streicher y Pippa, hablaré con ella.

Capítulo 2

Hazel

—¡Enhorabuena! —le digo a Pippa al oído cuando nos abrazamos en su fiesta de compromiso la noche siguiente—. Te quiero y me alegro muchísimo por vosotros, pero si te rompe el corazón, editaré fotos tuyas en pañales con una dominatrix y las publicaré en internet.

Nos separamos y me sonrío. En el restaurante íntimo que reservé para el evento están nuestra familia, los jugadores del Vancouver Storm y sus parejas, y algunos amigos de la gira en la que Pippa ha sido telonera este verano como cantautora durante la promoción de su nuevo disco.

—Es broma —le digo, cogiéndole un mechón de su pelo rubio miel, largo y ondulado.

Ella se ríe.

—Ya lo sé.

Bajo la iluminación tenue y suave del restaurante, ella está radiante. Puede que eso sea lo que le pasa a la gente cuando se enamora perdidamente, como le ha pasado a mi hermana. Jamie necesitaba una asistente cuando se mudó a Vancouver; lo que no sabía es que iba a ser la chica de la que estaba pillado en el instituto y con la que terminaría prometiéndose.

Detrás de ella, Jamie nos mira con una pequeña sonrisa, y se agacha para darme un abrazo.

—No es broma —susurro, y él se ríe.

—Gracias por organizar esto. —Mira a Pippa, que está sumergida en una conversación con nuestros padres y la madre de Jamie—. Significa mucho para nosotros.

La emoción me sube por la garganta.

—No hay de qué. De verdad que me alegro por vosotros. —Pongo una sonrisa incierta—. Sé que ella lo es todo para ti y que la vas a cuidar, y me alegro de que vayas a ser mi cuñado.

Él arquea una ceja, pero tiene un brillo travieso en los ojos.

—¿Aunque sea jugador de hockey?

Resoplo con una risa. Cuando empezaron a salir, dejé muy claro lo que pienso de los jugadores de hockey: que se los trata como dioses y se creen que tienen derecho a cualquier cosa que se les antoje.

—Tú eres la excepción. No permitiría que mi hermana pequeña se casara con cualquiera.

Esa emoción cálida y líquida vuelve a subirme por la garganta y me pica en los ojos cuando Jamie me aprieta el hombro.

—Vamos a hacer alguna foto antes de la cena —dice mi madre, haciendo un gesto a Pippa y a Jamie.

—Un momento. —Pippa me coge de la mano y me aparta—. Necesito que Hazel me ayude con... una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunto mientras tira de mí por todo el restaurante—. Yo me encargo, tú dedícate a disfrutar.

En el vestíbulo del restaurante, una zona más tranquila, alejada de los invitados que están en el comedor, me da la vuelta.

—Me has estado evitando.

—Eh... —Intento buscar una excusa por no haberle respondido a los últimos tres mensajes que me ha mandado sobre el nuevo miembro del equipo.

—Connor está en el equipo, Hazel.

Por décima vez en las últimas veinticuatro horas, se me hunde el estómago a los pies.

—Ya lo sé.

No he estado pensando en otra cosa. El mentiroso, infiel, manipulador y narcisista de mi ex está en el equipo de hockey para el que trabajo, y me han asignado como su fisioterapeuta.

No he pegado ojo en toda la noche.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

No puedo dimitir porque trabajar para el equipo es una experiencia increíble, y me encanta. Los demás fisios tienen muchísima experiencia y son muy majos. Trabajar para el Storm es una oportunidad única. Irme sería una estupidez.

—Nada —le digo, con una sonrisa neutral, como si no me importara—. No vamos a hacer nada.

—Te puso los cuernos.

Se me tensa el estómago y pienso en aquella fiesta en la universidad, con todo el mundo mirándonos y cuchicheando. Lo que me dijo se me quedó grabado durante años.

—Soy consciente. —Mantengo la voz baja y una expresión agradable por si alguien nos mira—. Todo el mundo ha visto que soy su fisio. Él también. Si lo cambiamos ahora, todos sabrán...

Las palabras se quedan colgando en el aire cuando me interrumpo a mí misma. Cuanto más indagamos en el tema, más errático me late el corazón. Ni siquiera Pippa sabe toda la verdad.

No quiero que él sepa que me destrozó y que todavía me afecta lo que ocurrió. No quiero que Pippa lo sepa, aunque sea mi hermana y mi mejor amiga.

Yo la cuido a ella, no al revés.

—Me pasé dos años en el instituto adelantando materias para que... —Estoy a punto de profundizar en mi arsenal de insultos, pero tengo que convencer a Pippa de que estoy bien—. Para que pudiéramos ir juntos a la universidad. —Connor es un año más mayor que yo. Me dejé el culo estudiando para que no nos separásemos. Me pasé el verano estudiando para adelantar un curso.

Pippa suaviza la mirada, y lo odio. Odio que se sienta mal por mí.

—No voy a huir. —Me enderezo, echo los hombros hacia atrás y finjo toda la resistencia y fuerza que necesito ahora mismo—. Yo llegué primero, y no pienso irme a ningún sitio.

Pippa abre la boca para decir algo, pero la interrumpo.

—Esta es tu fiesta de compromiso. Por favor, por favor no

me conviertas en la protagonista o te organizaré otra. —Me llevo el dedo a los labios y entrecierro los ojos—. Estoy pensando en fotos tuyas de gira pegadas por todas partes. A Jamie le encantaría.

Ella se ríe.

—Eres un peligro. —Su expresión se vuelve reacia mientras analiza mi cara—. ¿Seguro que estás bien?

—Cien por cien. —Pongo una sonrisa alegre. Por su forma de fruncir el ceño, creo que he exagerado, pero le doy un empujoncito hacia el restaurante—. Ve. Socializa. Presume de tu enorme anillo de compromiso.

Ella me saca la lengua y yo le respondo de la misma forma antes de que vuelva al restaurante. Jamie le extiende la mano mientras ella se acerca y los observo durante un segundo. La mano de él agarrándola por la cintura, manteniéndola cerca. La sonrisa suave y cariñosa de ella cuando lo mira.

«¿Cómo es ser todo para alguien, confiar así en otra persona?», me pregunto.

Siento un pinchazo afilado en el corazón. Las chicas como Pippa reciben ese amor. ¿Las chicas como yo? Preferimos relaciones sin compromiso. Solo me acuesto con un tío una vez. Es más seguro. Nadie se hace ilusiones y nadie resulta herido.

Vuelvo a entrar en el restaurante, pero me choco con un pecho duro y ancho.

—Perdona...

Rory Miller me mira con esa sonrisa arrogante y divertida. Desaparece todo el aire de la habitación y mi estómago vuelve a dar un vuelco de esa forma que tanto me molesta.

—Por fin te encuentro, Hartley.

¿Esta reacción? No es culpa mía. Es su maldito carisma. Parpadeo mirándole esos profundos ojos azules del color de un mar embravecido. Es unos treinta centímetros más alto que yo, con el pelo rubio oscuro un poco demasiado largo. Pelo de hockey, lo llaman los chicos. Con su seguridad exagerada, le queda bien.

Pero jamás lo admitiré.

Es su sonrisa lo que me irrita. Los labios torcidos perma-

nentemente de forma traviesa y juguetona, como si supiera que puede conseguir cualquier cosa.

Odio la sonrisa arrogante de Rory Miller. La odio tanto que no paro de pensar en ella.

Da un paso atrás, mira mi modelito de arriba abajo —un vestido rojo oscuro con el cuello en forma de corazón y una falda ajustada que me hace un culo increíble— y silba.

—Estás muy guapa —dice.

Vuelve a sonreírme y me pongo de los nervios. Estoy tranquila, relajada y completamente desinteresada en Rory Miller, y me lo digo tantas veces que a lo mejor se hace realidad.

Se me calientan las mejillas y carraspeo.

—Gracias. Perdona. —Lo voy a rodear, pero él me bloquea el camino.

—Admítelo. Te has puesto ese vestido para mí.

—¡Guau, Miller! —Mi risa es ligera—. Con ese ego tuyo casi no cabemos aquí.

Me mira con el ceño fruncido, pero bromeando.

—Venga, Hartley. Sígueme el rollo y dime que yo también estoy guapo.

Miro su traje. Confeccionado a la perfección para su cuerpo ancho y alto. Grita «hecho a medida» y «caro», y no puedo apartar los ojos de la tela azul marino. Es exactamente del mismo color que sus ojos.

—No necesitas que te suban el ego. —Debería irme, pero me doy un manotazo en la cabeza, fingiendo decepción—. Ay, no. Se me ha olvidado reservarle un asiento a tu muñeca hinchable.

Se le ensancha la sonrisa y una chispa empieza a bailar en mi estómago. No tiene una muñeca hinchable —no creo—, pero es una de mis bromas favoritas.

—Le he dado la noche libre —dice en voz baja, inclinándose con una sonrisa viciosa y los ojos brillantes—. Se lo ha ganado.

Siento cómo se me forma una carcajada en la garganta, pero consigo retenerla. No pienso reírme de las bromas de Rory Miller. Es un niño y eso solo le daría más confianza.

—Rory. —Donna, la madre de Jamie, aparece con el fotó-

grafo que he contratado—. Por fin te encuentro. —Nos hace un gesto a los dos—. Vamos a hacernos una foto.

Antes de que me dé tiempo a decir que no estamos juntos, me pasa una mano por la cintura y me atrae hacia él. Su olor me envuelve: cálido, especiado y silvestre, como a sándalo y clavo. No sé si es su intenso olor masculino o la forma en la que el calor de su cuerpo me envuelve, pero me da un vuelco el estómago.

—Relájate —me murmura al oído, apretándome la cintura—. Estás muy tensa.

El fotógrafo enfoca y yo cuento los segundos que quedan para la cena, porque he puesto a Rory en el extremo opuesto al mío en la mesa.

—Sal conmigo —dice en voz baja justo cuando la cámara hace clic.

Yo resoplo, aunque una sensación maravillosa me recorre todo el cuerpo.

—Estás de coña. Tu muñeca hinchable se pondría muy celosa.

Su risa tranquila me hace cosquillas en la mejilla.

—Qué va, la traeré conmigo.

Esta vez sí que me río, y salta el *flash*. El destello me ciega durante un momento.

—Perfecta —dice el fotógrafo chasqueando los dedos—. Qué pareja más bonita.

Abro y cierro la boca como un pez. La cámara vuelve a hacer clic y me aparto de él, poniendo distancia entre nosotros.

Se mete las manos en los bolsillos mientras me mira, deslizando los ojos hasta el escote, tan rápido que apenas me doy cuenta.

—Venga, Hartley.

—No salgo con jugadores de hockey, y estoy bastante segura de que ni siquiera sabes cómo me llamo.

Se le agudiza la mirada y pone una sonrisa coqueta.

—¿Quieres que diga más tu nombre, Hazel?

Siento un extraño escalofrío por la espalda. Lo último que necesito ahora es que vuelva a hablar con esa voz tan grave y seductora.

—No.

—Pues vamos a ser amigos.

La inclinación de su boca y la forma en la que sus ojos se arrastran sobre mí hacen que sacuda la cabeza. No quiere que seamos amigos. Le encanta el tonto. Una persona no llega donde está él en su carrera deportiva sin ser increíblemente competitivo, y mi rechazo es como una droga.

Con los tipos como Rory y Connor, es solo cuestión de tiempo que se aburran y pasen a la siguiente.

—En el instituto, Miller, me chantajeaste para que fuera tu profesora particular. Utilizaste tu estatus de jugador de hockey buenorro para conseguir lo que querías. —Habló con el entrenador, que habló con el director, que habló con los profesores—. Durante los dos últimos cursos, te aprovechaste de dos de mis tardes a la semana. —Me quedo mirándolo, ignorando el mechón de pelo que se le ha caído a los ojos—. Los amigos no hacen eso.

No es toda la verdad de por qué no quiero tener nada que ver con él, pero es todo lo que admitiré en voz alta, sobre todo a él.

Hay una pausa y arquea una ceja.

—¿Crees que estoy buenorro?

Me arde la cara.

—¿Eso es lo único que has escuchado?

Se encoge de hombros, desconcertado.

—Me aseguré de que te dieran créditos extra por las clases particulares.

Busco algo que decir, confusa, porque no sabía que había sido cosa suya. Pensaba que solo lo hicieron para que aceptara.

Miro a mi alrededor, buscando a Pippa, Jamie, Hayden, Alexei, a quien sea. Están sentándose para cenar.

—Voy a la mesa.

Me agarra el brazo para detenerme.

—Espera. —La sonrisa engreída desaparece, dejando algo serio y sincero en sus ojos—. ¿Has visto el email que envió anoche Ward?

—Sí. Ahora eres el capitán. Enhorabuena.

Él frunce el ceño y sacude la cabeza.

—Lo de McKinnon —dice, mirándome con atención.

—Vamos, no me jodas. —Suspiro, exasperada—. ¿Tengo un cartel en la frente que diga: «Pregúntame por el gilipollas de mi exnovio»? Estoy bien. No pasa nada. —Doy una palmadita—. Todo está bien.

Se cruza de brazos.

—Has dicho «bien» demasiadas veces.

Resoplo una risa.

Sus ojos buscan los míos, el corazón me da un salto al ver la preocupación en su cara. Está muy cerca de ver la realidad: que no estoy bien, que estoy acojonada.

—¿Todavía sientes algo por él?

Hago un ruido gutural de incredulidad, y la gente nos mira.

—Por supuesto que no. No quiero nada de esto.

La humillación me revuelve el estómago. ¿Es lo que cree todo el mundo? ¿Que llevo años enamorada de Connor?

—Hablaré con Ward —dice tranquilamente, dulce y prudente, nada que ver con la personalidad arrogante a la que me tiene acostumbrada—. McKinnon puede trabajar con cualquier otro fisio. Yo me encargo.

Si no lo conociera, me creería que la preocupación en sus ojos es de verdad. Se me acelera el pulso al pensar en Rory Miller cuidándome como Jamie cuida de Pippa, pero me recompongo.

Quiere lo que no puede tener. No es más que otra jugada en un juego en el que yo no quiero participar.

—No necesito tu ayuda —le digo—. No necesito guardaespaldas, y no quiero que te entrometas en mi trabajo.

Hace un ruido frustrado y se pasa la mano por el pelo. La determinación en sus ojos me da la sensación de que va a rebatirme, pero la nuez se le mueve al tragar saliva y hunde la barbilla al asentir.

—Vale —dice—. No me entrometeré.

—Gracias.

Durante el resto de la noche estoy ocupada con Pippa, Jamie y nuestra familia, pero cada vez que miro al otro extremo de la mesa, pillo a Rory mirándome con preocupación.